

Sumario

La influencia del Papa Benedicto XVI, especialmente a través de la homilía en la Eucaristía inaugural y del discurso en la sesión inicial, fue decisiva para la buena marcha de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. El autor de este artículo sostiene que Aparecida, siguiendo esta modalidad institucional singular de las Conferencias Generales, fue una experiencia original de ejercicio de la comunión y colaboración del episcopado latinoamericano con el Sucesor de Pedro. Desde una renovada conciencia latinoamericana, los obispos repensaron la misión de la Iglesia en los nuevos escenarios mundiales y regionales, despertando en los cristianos una viva conciencia de su dimensión misionera al servicio de la sociedad, especialmente de los más pobres y excluidos.

El Papa Benedicto XVI y la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano

**Prof. Dr. Guzmán M. Carriquiry
Lecour**

*Sub-Secretario del Consejo Pontificio
para los Laicos*

Introducción

Por una parte, el viaje apostólico a San Pablo, en Brasil, y la inauguración y realización de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (13-31 de mayo de 2007) fueron un hito fundamental y, a la vez, un gran desafío para el pontificado de S.S. Benedicto XVI. Por otra, resultaría desenfocado y trunco considerar esta Conferencia en cuanto acontecimiento eclesial y examinar su documento final, sin tener en debida cuenta todo lo que significó al respecto la presencia y la palabra del Papa. Es por todo ello que me ha parecido oportuno y conveniente, dado también mi servicio en la Santa Sede, comenzar por recapitular el “evento Aparecida” a la luz del Pontificado, de su visita pastoral en San Pablo y, sobre todo, de su homilía y su discurso en la inauguración de la V Conferencia.

Además hay que tener presente que, si bien el Papa viajó al Brasil, a San Pablo y Aparecida, y los directos destinatarios de sus mensajes fueron brasileños y latinoamericanos, lo sucedido y compartido durante esa visita pastoral interesa a toda la Iglesia universal. Cuatro aspectos resultan importantes en esta perspectiva “católica”. En primer lugar, es siempre el Pastor universal que se dirige especialmente a porciones del pueblo de Dios y a sus Obispos, pero abrazándolos a la luz de su ministerio petrino y de su solicitud apostólica por todas las Iglesias particulares esparcidas por el mundo entero. En segundo lugar, su Magisterio, aunque referido a concretos destinatarios, no deja de ser universal. Basta tener presente algunos de los grandes temas tratados por S.S. Benedicto XVI durante su viaje apostólico para comprender cabalmente su importancia y repercusión en muchas otras localizaciones eclesíásticas. Todo lo que el Santo Padre señaló sobre las exigencias de renovación y revitalización de la fe ante los ímpetus actuales de descristianización, la centralidad de la Eucaristía y de la Palabra de Dios, la formación de auténticos discípulos para nuestro tiempo, las

cuestiones planteadas al ejercicio del ministerio episcopal, el enfoque de toda la realidad desde Dios, los criterios para afrontar y solucionar los problemas sociales y políticos, entre otras enseñanzas, ofrecen valiosas contribuciones y acentuaciones de su magisterio para bien de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares. En tercer lugar, el Pastor universal dirigió especialmente sus enseñanzas, sobre todo en Aparecida, a los Obispos de un pueblo creyente en el que se encuentra casi la mitad de los bautizados en toda la Iglesia católica: en América Latina está en juego, en buena medida, la vida y el destino de la Iglesia católica, al menos para las próximas décadas, y ello no puede menos que interesar a toda la catolicidad. En cuarto lugar, en fin, importa estar atentos al estilo del ejercicio del ministerio petrino por parte de S.S. Benedicto XVI: una preocupación prioritaria por confirmar y transmitir la fe católica, introduciendo a sus misterios mediante un relieve educativo, mostrando la razonabilidad de las verdades centrales de la fe, y por manifestar sobre todo el afecto colegial a los Obispos (primero del Brasil, reunidos por la Conferencia Nacional de Obispos brasileños, y luego de toda América Latina, reunidos en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano) compartiendo con ellos muy serias cuestiones relativas a su ministerio y alentándolos a asumir sus propias responsabilidades.

1. La naturaleza del acontecimiento colegial

La Conferencia general del episcopado latinoamericano constituye una modalidad institucional singular y una experiencia original de ejercicio de la comunión y colaboración episcopales, animadas por el afecto colegial. No existen otras semejantes en diversos continentes y macro-regiones. Es única en su género. No es un Concilio provincial ni un Sínodo, ni cualquiera de las otras formas de reunión contempladas en el Código de Derecho Canónico. Se trata de una Reunión extraordinaria que los Episcopados de América Latina, por propia iniciativa, a la luz de consideraciones prudenciales, piden al Papa que la convoque. Existe ya como una tradición marcada por la sucesión periódica, cada 10 a 15 años, de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano: la primera tuvo lugar en Río de Janeiro (1955), la segunda en Medellín (1968), la tercera en Puebla de los Ángeles (1979), la cuarta en Santo Domingo (1992) y la quinta en Aparecida (2007).

En su libro, *De Río a Santo Domingo*, Germán Doig ha sabido destacar muy bien la importancia de estas Conferencias. Ellas “han sellado hondamente la manera de ser de la Iglesia en el continente latinoamericano. No es posible entender el peregrinar de la Iglesia por estas tierras (...) sin la obligada referencia a estas jornadas y a sus correspondientes documentos. Constituyen una importante toma de conciencia de sí misma y de su misión”.

Preparándose hacia la V Conferencia, S.S. Benedicto XVI señalaba a los nuncios apostólicos en América Latina, el 17 de febrero de 2007, que “esa asamblea recapitula y es continuación de las Conferencias generales anteriores, mientras que se enriquece con numerosos dones ‘posconciliares’ del Magisterio pontificio (...), así como con los frutos del camino sinodal de la Iglesia católica”, proponiéndose “definir las grandes prioridades y dar nuevo impulso a la misión de la Iglesia al servicio de los pueblos latinoamericanos en las circunstancias concretas del inicio de este siglo XXI”. “Como ocurrió con las Conferencias anteriores –dijo S.S. Benedicto XVI a los jóvenes en San Pablo (10.V.07)– también ésta (de Aparecida) marcará de modo significativo los próximos diez años de evangelización en América Latina y el Caribe”.

Como es bien sabido, la V Conferencia, así como las anteriores, ha sido convocada por el Papa, a petición de las Conferencias Episcopales de América Latina. Si bien la idea de proponer al Papa la convocatoria de una V Conferencia había sido ya acordada en la XXVIII Asamblea General Ordinaria del CELAM, en mayo de 2001, y desde entonces se había procedido a diversas consultas a las 22 conferencias episcopales de América Latina, a los cardenales del sub-continente y a instancias competentes de la Curia Romana, la propuesta formal es planteada desde los comienzos mismos del pontificado de S.S. Benedicto XVI. Es el Papa quien decide la convocatoria. Es el Papa que indica la sede de la Conferencia. Es el Papa que examina el tema presentado por el CELAM, le hace añadiduras fundamentales y lo adopta. El tema presentado fue: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos tengan la vida”; y el Papa, aún demostrándose satisfecho, quiso agregar: “para que en El tengan la vida”, con el siguiente subtítulo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn. 14, 6). Resuena al respecto la pregunta fundamental planteada por el Papa en su discurso inaugural: “¿Estamos realmente convencidos que Cristo es el camino, la verdad y la vida?”.

Es el Papa quien aprueba el Reglamento de la Conferencia y después la lista completa de sus participantes. Es el Papa quien había regalado a la Iglesia en América Latina la oración para la V Conferencia. Ha sido el Papa quien presidió la solemne apertura de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. Es también el Papa que autoriza la publicación de su documento final, como lo hizo por carta del 29 de junio de 2007.

Todas estas intervenciones pontificias no son, por cierto, meros procedimientos formales ni limitaciones y controles que reducen la responsabilidad de los Obispos latinoamericanos. Están requeridas por la naturaleza misma de la V Conferencia como acontecimiento eclesial y episcopal. En ella se expresa el vínculo de comunión y el afecto colegial cum e sub Pietro. Así lo reconocían los Obispos participantes de la Conferencia, en la introducción de su documento final: “Con alegría estuvimos reunidos con el Sucesor de Pedro, Cabeza del Colegio episcopal” (n. 2). El mismo documento empeña los Obispos a “procurar la unión constante con el Señor, cultivar la espiritualidad de comunión con todos los que creen en Cristo y promover los vínculos de colegialidad que los unen al Colegio Episcopal, particularmente con su cabeza, el Obispo de Roma” (n. 189). Los Obispos latinoamericanos, reunidos en Aparecida, reconocen haber sido confirmados por el Papa “en el primado de la fe en Dios, de su verdad y amor, para bien de personas y pueblos” y agradecen “todas sus enseñanzas, especialmente su discurso inaugural, que fueron iluminación y guías seguras para nuestro trabajo” (n. 2).

La convocatoria del Papa, sus sucesivas intervenciones y su presencia en Aparecida tienen, pues, una honda significación teológica y pastoral.

2. ¿Una América Latina lejana?

“(…) Me alegra que haya llegado para mí el momento de ir a América Latina –dijo S.S. Benedicto XVI respondiendo a las preguntas de los periodistas en el avión que lo llevaba hacia el Brasil (9.V.07)-, de confirmar el compromiso asumido por Pablo VI y Juan Pablo II, y de seguir en la misma línea”. Así como Pablo VI inauguró la II Conferencia

en Medellín y Juan Pablo II la III Conferencia en Puebla y la IV Conferencia en Santo Domingo, Benedicto XVI presidió la apertura de la V Conferencia en Aparecida. Más aún: como para el pontificado de Juan Pablo II, también en el actual pontificado el primer viaje apostólico extra-europeo llevó al Sucesor de Pedro a tierras latinoamericanas, al encuentro de sus pueblos.

No faltaron quienes, antes y durante este viaje de Benedicto XVI al Brasil, acusaron al Papa de cierto “eurocentrismo”, que habría dejado América Latina como en sombras lejanas, sin prestarle atención prioritaria. No extraña que estas críticas provinieran de personajes como Leonardo Boff y fray Betto, pero también circulaban más difusamente. América Latina resultaría así *terra incognita*, lejana y brumosa en el horizonte de realidad del pontificado.

En verdad, el Cardenal Joseph Ratzinger ha mantenido desde hace décadas muchas relaciones y amistades latinoamericanas, sobre todo desde los años de las sucesivas sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II. Colaboró con diversos latinoamericanos en la promoción y redacción de la revista internacional “Communio”. Como íntimo colaborador de Juan Pablo II durante casi todo su pontificado, le tocó seguir y discernir con especial atención las corrientes doctrinales, culturales e ideológicas del tiempo contemporáneo. Conoció a fondo los debates latinoamericanos sobre la teología de la liberación y el discernimiento de los Obispos latinoamericanos, examinó las obras de diversos autores y tuvo papel primordial en las dos instrucciones, la *Libertatis Nuntius* (6.VIII.84), en la que se procedió a una recapitulación crítica de la teología de la liberación en sus vertientes de contaminación ideológica, las que pretendían componer teología y marxismo, y la *Libertatis Conscientia* (22.V.86), en la que sentaba los fundamentos y cauces para una auténtica teología de la libertad y la liberación, como luego lo afirmaría Juan Pablo II en su encíclica *Centesimus Annus* (cfr. n. 35). Durante sus 25 años de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe contó con la colaboración de prelados y teólogos latinoamericanos entre los miembros y consultores de su dicasterio, así como también en la Comisión Teológica Internacional. Mantuvo frecuentes e intensos diálogos con Obispos de todos los países latinoamericanos, sea en sus visitas *ad limina apostolorum* sea en ocasión de muy diversas consultas e iniciativas. Viajó a Chile donde

tuvo diversas conferencias, presidió el Congreso nacional mariano del Ecuador, estuvo en Colombia y visitó la sede del CELAM, presidió en Guadalajara (México) el Congreso de Obispos responsables de las Comisiones episcopales de Doctrina de las Conferencias episcopales de los países latinoamericanos.

Por eso, al periodista que se hacía eco de quienes afirmaban que “se echa un poco de menos América Latina” en relación a la “referencia al relativismo de Europa, a la pobreza de África”, pudo responder con la verdad de la propia experiencia y convicción: “No, yo amo mucho a América Latina; he hecho muchas visitas a América Latina y tengo muchos amigos; conozco cuán grandes son sus problemas y, por otra parte, cuán grande es la riqueza de este continente”. Si bien en una visión geopolítica, América Latina parece descentrada respecto de los conflictos “predominantes” y de las “prioridades inmediatas” que plantean los problemas de otras regiones, “no me preocupan menos los problemas de América Latina, porque no amo menos América Latina, el gran -más aún, el mayor- continente católico, que por eso también constituye la mayor responsabilidad para un Papa”. En esa conversación informal, llegó a decir de estar “convencido de que aquí se decide, al menos en parte -en una parte fundamental-, el futuro de la Iglesia católica. Esto ha sido siempre evidente para mí”. Por eso también, en su formación, “un aspecto importante ha sido seguir el desarrollo de estos pueblos católicos de América Latina”.

3. Desde los comienzos del Pontificado

Quien ha seguido con atención las primeras jornadas del actual pontificado se asombra que pocos días después de su elección, precisamente el 29 de abril de 2005, Benedicto XVI haya ya recibido en audiencia a la Presidencia del CELAM al completo, y que en mayo de 2005 el Cardenal Giovanni Batista Re ya transmitiera en Lima, durante la celebración del cincuentenario del CELAM, el beneplácito con el que el Papa estaba considerando la convocación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Más desapercibido pasaba el gesto muy elocuente de Benedicto XVI cuando se dirige, el 11 de mayo, a la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en los jardines vaticanos, depositando una ofrenda floreal, encomendándose a la

Madre invocada por los hombres y mujeres del pueblo mexicano y de América Latina. La lectura de los numerosos escritos del Cardenal Ratzinger permitir advertir el profundo conocimiento que tiene del acontecimiento guadalupano y de su significación para la fe de los pueblos latinoamericanos.

Es cierto que durante los algo más de 8 meses del 2005 y todo el 2006, son muy escasos los desarrollos y referencias explícitas del magisterio de Benedicto XVI sobre América Latina. ¿Pero acaso su magisterio universal, católico, no se dirigía también a los latinoamericanos? Basta releer el documento final de Aparecida para advertir las muy numerosas citas incluidas de la encíclica *Deus caritas est* y de muchas otras catequesis, homilias y mensajes de Benedicto XVI. Temas centrales del magisterio de Benedicto XVI tienen fuerte impacto e influjo en la determinación de contenidos y planteamientos del documento de Aparecida. Es evidente que los Obispos latinoamericanos han seguido con atención y admiración su magisterio todo centrado en la realidad, centralidad y primado de Dios en la experiencia humana. Su genial inteligencia cristiana para introducir en profundidad en los misterios de fe y para dar cuenta de su razonabilidad, el relieve educativo dado a los contenidos del “Catecismo”, su hermenéutica cristiana de la realidad desde los fundamentos inseparables de la verdad y el amor en los que se revela el mismo don que viene de Dios, la exigencia de respetar y valorizar una auténtica racionalidad abierta a la luz del Logos divino y a su amor apasionado por el destino del hombre, su certeza de que no hay verdadera construcción auténticamente humana que pueda descartar la “piedra angular” que es Jesucristo, su juicio cristiano sobre la cultura “global” en sus vertientes de agnosticismo relativista y hedonista: todo ello, y más aún, ha estado presente en las reflexiones de los Obispos latinoamericanos. No es por casualidad que algunos textos del magisterio pontificio, que el mismo Papa vuelve a citar en sus discursos en el Brasil, adquieren especial fuerza expresiva y reiterativa en el documento de Aparecida, como las palabras introductorias de la encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Y así podrían ser resaltadas muchas otras expresiones del magisterio de Benedicto XVI que sirvieron de articulación iluminante de contenidos del documento de Aparecida.

Desde comienzos del año 2007 y ya más próximo el horizonte de realización de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, S.S. Benedicto XVI tiene dos alocuciones dedicadas a la preparación de este importante evento. El 20 de enero de 2007 es su primera intervención pública sobre la preparación y contenidos de esa Conferencia, dirigiéndose a los participantes en la Asamblea de la Comisión pontificia para América Latina; poco tiempo, el 17 de febrero del mismo año, vuelve ampliamente sobre el tema en el discurso pronunciado en ocasión de la audiencia concedida a los Nuncios apostólicos en los países latinoamericanos, reunidos en el Vaticano, bajo la presencia del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado, precisamente como preparación para la Conferencia de Aparecida. Se trata de textos alentadores, de sensibilización general al evento, en donde ya se asoman algunos temas que interesan al Santo Padre, pero que son sólo aproximaciones a lo que madurará como intervención decisiva del Papa durante la apertura de la Conferencia en Aparecida, en el contexto de su visita pastoral en San Pablo.

4. Repensar la misión de la Iglesia en los nuevos escenarios mundiales y latinoamericanos

No era tarea fácil afrontar la realidad actual de América Latina en este momento de la catolicidad, a la luz del pontificado, y cara a las situaciones nuevas y tendencias emergentes en la vida de los pueblos del sub-continente.

Se ha afirmado con buenas razones que el discurso inaugural de Juan Pablo II a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla fue decisivo para sus orientaciones fundamentales, pero que también la madura autoconciencia eclesial y latinoamericana del documento final fue como un horizonte de realidad que permitió al Papa conocer y abrazar más cabalmente la vida de nuestros pueblos, las grandes tareas y desafíos planteados a la misión de la Iglesia en esa realidad. Ese mismo documento de Puebla tiene que haber resultado importante también para su íntimo colaborador, que fue el Cardenal J. Ratzinger. En cambio, una de las mayores dificultades que encontró la IV Conferencia de Santo Domingo fue la de realizarse precisamente en medio de la transición sorprendente y tumultuosa de un cambio

de época, de un gigantesco giro histórico que concluía la fase del mundo bipolar surgido desde la segunda posguerra, y que dejaba de golpe obsoletos muchos esquemas intelectuales, ideológicos y políticos. Además, la sorprendente novedad, fluidez e indeterminación de los nuevos rumbos que se abrían, todavía informes, provocaban una ola de desconciertos y exigían replanteamientos profundos. Ante esta dificultad de comprensión y proyección de ese momento histórico, “Santo Domingo” se limitó a proseguir sobre las huellas de “Puebla”. Desde entonces, la Iglesia en América Latina tuvo dificultades para actualizar y reformular un pensamiento orgánico capaz de incluir las nuevas situaciones, problemas y desafíos, las nuevas oposiciones, y de relanzar y movilizar una dinámica intensa de colaboración a nivel propiamente latinoamericano. Se fue algo dispersando en temáticas particulares y en los afanes locales del “tram tram” eclesiástico. El CELAM intentó dar cuadros más generales con sus estudios sobre las “megatendencias” y sobre “globalización y nueva evangelización”, pero aparecían demasiado generales y escasamente movilizadoras para las distintas localizaciones eclesiásticas. Por otra parte, no podía esperarse que viniera de la Curia Romana lo que a la Curia Romana no llegaba desde una experiencia, reflexión y movilización de conjunto de las Iglesias en América Latina.

Debates apasionados, polarizados, dramáticos se dieron durante la preparación de la Conferencia de Puebla. No era para menos, pues estaban en juego cuestiones decisivas para la misión de la Iglesia y el bien de los pueblos latinoamericanos. Esos mismos debates, que implicaron las diversas Iglesias locales y muy amplia participación, trascendieron también a niveles políticos y culturales. Sirvieron para visualizar y discernir mejor las cuestiones en juego y las diversas alternativas. Todo ello ayudó, sin duda, a que el discurso inaugural de Juan Pablo II en la Conferencia de Puebla (22.I.79) fuera de gran claridad, orgánico y sistemático en sus planteamientos, decisivo en sus orientaciones. La preparación de Santo Domingo fue mucho más calma, mas bien cansina después de las turbulencias vividas, con menor participación y pasión. Ya habían quedado atrás las décadas de altas mareas ideológicas, borracheras de hiperpolitización y dialécticas violentas que habían conmovido y sacudido la Iglesia en América Latina, y ésta aparecía ahora fatigada, debilitada, algo replegada sobre sí, empobrecida su conciencia y dimensión latinoamericana. En cambio, camino a Apare-

cida, fue gradualmente recobrándose el gusto de pensar, intercambiar y trabajar en conjunto a nivel de la Iglesia en América Latina, se interesaron e implicaron mucho más las conferencias episcopales, se creó un clima de cordial colaboración y así se fue procediendo gradualmente a una renovada “latinoamericanización”. El CELAM promovió muchas actividades, estudios y publicaciones para acompañar y animar ese proceso, aunque resultaba difícil advertir como se iría componiendo un cuadro de conjunto de los aportes que se iban acumulando en modos mas bien dispares.

Hubo diversos factores que operaron positivamente para una renovada toma de conciencia de la Iglesia a escala latinoamericana y para una mayor colaboración episcopal. Por una parte, la incansable, polifacética y fecunda siembra misionera del pontificado de Juan Pablo II y la profundidad y belleza del magisterio de Benedicto XVI fueron estimulando y madurando esa renovada conciencia eclesial latinoamericana. Por otra, la turbulencia actual en las sociedades latinoamericanas, en pleno crecimiento económico y transformaciones tecnológicas vinculadas a los dinamismos de la globalización, con irrupciones de sectores sociales postergados, nuevos regímenes políticos en tiempos de democratización y de algunas recaídas autoritarias y autocráticas, intensificación de dinámicas de integración regional, tendencias de fuertes identificaciones étnicas, culturales y religiosas, emergencia de variadas ofertas religiosas, difusión capilar de la cultura “global” con ímpetus anti-cristianos (y anti-católicos especialmente), así como otros factores más, planteaban nuevas cuestiones a la libertad de la Iglesia, a su presencia y contribución en la vida pública de las naciones, a su misión educativa y evangelizadora en nuevas condiciones, a la vigencia, custodia y fructificación de la tradición católica en la sabiduría de vida de los pueblos. Nada podía seguir siendo igual que antes. Emergían nuevas situaciones y problemas que operaron como revulsivos y acicates de las inercias y dispersiones eclesíásticas y que requerían aproximaciones y colaboraciones de conjunto por parte de las Iglesias locales y los Episcopados de América Latina, superando el riesgo de la “confusión desconcertante” ante las nuevas realidades, a la que hiciera referencia Benedicto XVI en su discurso al episcopado brasileño (11.V.07). De nuevo había que ponerse a pensar en serio, en grande y en conjunto. El tema de la V Conferencia operó como un acertado, excelente hilo conductor para muchos aportes. El documento de síntesis de aportes

para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano era ya fruto promisorio para los trabajos en Aparecida.

Tres meses antes de la Conferencia, el Papa adelantaba ya a los Nuncios la exigencia que se planteaba a la Iglesia en América Latina de afrontar “enormes desafíos”, entre los que destacaba el cambio cultural, los flujos migratorios, “la reaparición de interrogantes sobre como los pueblos han de asumir su memoria histórica y su futuro democrático”, la globalización y el secularismo, la pobreza creciente y el deterioro ecológico, así como la violencia y el narcotráfico (17. II.07). “La Iglesia está llamada a repensar profundamente y repensar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales”, reconocían los Obispos en la introducción del documento final de Aparecida (n. 11). No era cosa fácil, entre quienes “sólo ven confusión, peligros y amenazas” o “quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables” (n. 11). No era cosa fácil, por cierto, para el Papa Benedicto XVI en su primer viaje a América Latina y en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

5. La propuesta de un “Método”

Fue fundamental en los hechos la propuesta del “método” que debía guiar los trabajos de la V Conferencia. Benedicto XVI la planteó especialmente en la homilía de la Misa de inauguración de la Conferencia (13.V.07). Es lo que nos relata los Hechos de los Apóstoles sobre el Concilio de Jerusalén: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (Hech. 15, 28). “Éste es el ‘método’ con que actuamos en la Iglesia -dijo el Papa a los Obispos-, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes:(...) es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo”. Es el “método”, al decir del Papa, que procede de una fiel, profunda gozosa pertenencia a la Iglesia, en cuanto “morada con los hombres”, en la que resplandezca “la gloria de Dios; o sea, “una Iglesia totalmente animada y movilizada por la caridad de Cristo (...), imagen histórica de la Jerusalén celeste, anticipación de la ciudad santa (...)”. Pues bien, en la conclusión del documento de Aparecida, los Obispos dan cuenta de haber seguido este

“método”, reconociendo que “el Espíritu de Dios fue conduciéndonos, suave pero firmemente, hacia la meta” (cfr. N. 547). De esto, quien participó a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, no puede tener la menor duda.

Es prueba elocuente de tal método el óptimo resultado de un “documento final”, que parecía “imposible” al tener en cuenta la dinámica de trabajos de la Conferencia: casi 150 Obispos, procedentes de más de 25 países latinoamericanos, junto con otro centenar de personas de títulos y procedencias diversas, encerrados durante 22 días, trabajando colectivamente y a marchas forzadas, mediante intervenciones en sesiones plenarias, por una parte, e intercambios, propuestas y síntesis a través de una red de numerosas comisiones y sub-comisiones, por otra, para ir elaborando sucesivas redacciones de un documento general, sobre el que se presentaron más de 2.400 enmiendas de textos, para concluir en 130 páginas y 554 densos numerales, que pretenden abrazar en modo bastante omnicompreensivo la realidad de la Iglesia y los pueblos de América Latina. Y, sin embargo, la V Conferencia de Aparecida no fue una “Babel” sino un sorprendente milagro de comunión, una experiencia tangible, empíricamente demostrada, de ese misterio de comunión que es la naturaleza misma de la Iglesia. Las ansias, preocupaciones y afanes por su resultado final, que no podían sino aflorar en la primera parte de la Conferencia, dejaron lugar, gradualmente, a la sorpresa y alegría ante una maduración de los trabajos, paso a paso, hasta lograr un óptimo documento final. En verdad, no hubo el tiempo de poder exponer aún más a fondo las propias razones, ni de debatir y discernir muchos temas con posibilidades más pausadas y sedimentadas de profundización, ni de ir articulando y “digiriendo” mejor los diversos contenidos, ni de redactar con más calma y precisión consultando muchas otras fuentes. Es inevitable que en el documento final existan repeticiones, algunos textos algo aproximativos, ciertos desequilibrios y lagunas. No obstante todo ello, suscita maravilla que se haya podido concluir con ese documento. Es mucho mejor de lo que humanamente hubiera sido “lógico” esperar.

“Pareció bien al Espíritu Santo y nosotros...”. Estas palabras que concluyen el documento de Aparecida no hubieran podido ser escritas sino gracias a la experiencia compartida de una recurrente invocación y súplica al Espíritu Santo, sobre todo en la liturgia cotidiana (liturgia

eucarística y rezo de las horas), muy bien preparada y cuidada, de belleza irradiante, y en la compañía orante del pueblo de Dios en América Latina, representado por las multitudes de peregrinos brasileños y de otros países latinoamericanos que, especialmente en los fines de semana, llenaban el Santuario de Nuestra Señora con profunda y expresiva devoción. Esa concreta y admirable compañía de un pueblo pobre de creyentes puso ante la mirada conmovida de los Obispos la grey que la Providencia les confiaba a su cuidado; por eso, de ellos dicen en la introducción del documento: “nos edificaron y evangelizaron” (n.3). “Esta celebración litúrgica -dijo el Santo Padre en Aparecida (12.V.07)- constituye el fundamento más sólido de la V Conferencia, porque pone en su base la oración y la Eucaristía, *Sacramentum caritatis*”; y sólo “la caridad de Cristo, derramada por el Espíritu Santo, puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para este continente y para el mundo entero”.

“Ven Espíritu Santo, ven por María”: los apóstoles rezaban asiduamente, junto a María (Hech. 1, 13-14). Tal es la imagen que el Papa tiene ante sus ojos en el Santuario de Aparecida. Tenía razón Benedicto XVI cuando dijo, en diversas oportunidades, que reunirse en la sede del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida era cosa “providencial”. A la Santísima Virgen María, especialmente en sus invocaciones de Guadalupe y Aparecida, el Papa había encomendado los trabajos de la Conferencia. Quiso la delicadeza del Papa que cada uno de los Obispos se pusiera en el lugar de san Juan Diego, cuando Nuestra Señora de Guadalupe decía: “¿No estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y mi resguardo?, ¿no soy yo la fuente de tu alegría?, ¿no estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?” (cfr. Discurso inaugural). La celebración eucarística de apertura fue precedida, la tarde anterior, por el rezo del Rosario del Papa con todos los participantes de la Conferencia en el Santuario. “No hay fruto de la gracia en la historia de la salvación -había dicho el Papa dos días antes en la misa de canonización de fray Galvão (11.V.07)- que no tenga como instrumento necesario la mediación de Nuestra Señora”. El acontecimiento de Aparecida fue como una renovación de la especial alianza de la Virgen María con su pueblo latinoamericano, representado por sus Pastores. La más perfecta discípula del Señor, es la “gran misionera (...) que trajo el Evangelio a nuestra América” (n. 269). “Paradigma de humanidad, es artífice de comunión”: “la Iglesia-familia se genera en

torno a una madre, quien confiere alma y ternura a la convivencia familiar” (n. 268). El esplendor del Santuario de Nuestra Señora de Aparecida fue morada cálida (¡no obstante las ráfagas de aire frío que provocaron una epidemia de gripe entre los participantes!) para las 23 jornadas de convivencia y trabajo. Se rezó mucho el Rosario. María estuvo muy presente, fue muy madre, intercedió con fuerza por el bien de los trabajos, y los Obispos supieron agradecerle. No fue el tema mariano uno entre otros en el documento final. La presencia de Nuestra Señora recorre todos sus capítulos transversalmente. Y ahora cabe esperar también una relectura mariana de su conjunto.

Aparecida fue un acontecimiento eclesial de serena y constructiva comunión eclesial, entre los Obispos latinoamericanos y de ellos con el Sucesor de Pedro. Hubo sí fuertes debates. Hubo enmiendas sustanciosas y discutibles, sostenidas por algunos Presidentes de Conferencias Episcopales, que fueron desechadas. Hubo insistencias excesivas y desproporcionadas sobre algunos temas, que fueron oportunamente moderadas. No es que se buscó las medias tintas de grises denominadores comunes. Impresionaba una predominante cordialidad. Después de las dificultades de “rodaje” inicial, la Presidencia de la Conferencia supo conducir el evento con respeto, aliento y valorización de todos los aportes. Apoyó decididamente el valioso trabajo y precioso servicio de la Comisión de Redacción del documento final. Hubo un trabajo serio de inclusión de todos los aportes, en la medida de lo posible. No hubo “bandos” enfrentados, sino el prevalecer del don y compromiso de unidad, tanto más significativo en cuanto abundan hoy las dialécticas de contraposiciones y acusaciones en muchos ámbitos de la vida pública de América Latina. E incluso la tienda del grupo crítico de “Amerindia”, muy cercana a la sede de la Conferencia, visitada por algunos Obispos, no provocó mayores tropiezos ni tensiones en el desarrollo de los trabajos (y, a decir verdad, sus aportes e influjos fueron escasos y escasamente percibidos en la Conferencia).

Se realizaba así lo que el Papa había pedido en la homilía inaugural: “Pido al Espíritu Santo, que asiste siempre a su Iglesia, que la gloria de Dios Padre misericordioso y la presencia pascual de su Hijo iluminen y guíen los trabajos de este importante evento eclesial, a fin de que sea signo, testimonio y fuerza de comunión para toda la Iglesia en América Latina” (12.V07). En efecto, en su carta de autorización de la

publicación del documento final, el Papa expresa su reconocimiento “por el amor a Cristo y a la Iglesia, y por el espíritu de comunión que ha caracterizado dicha Conferencia General”. Ella fue testimonio y fuerza de comunión eclesial, suscitada y sostenida por el Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen María, y custodiada y promovida por el ministerio apostólico.

6. Inteligencia genial y asistencia especial del Espíritu

El discurso inaugural de Benedicto XVI no tuvo el mismo carácter sistemático ni el desarrollo orgánico de contenidos que aquél de Juan Pablo II al comienzo de la Conferencia de Puebla o que otros discursos anteriores del Papa actual; pero como en Puebla, también en Aparecida, el discurso inaugural del Sucesor de Pedro fue decisivo. Textos de este discurso inaugural de Benedicto XVI fueron citados más de 50 veces en el documento final de Aparecida.

Impresiona la humildad de Benedicto XVI cuando espontáneamente, en su diálogo con los periodistas, interrogados sobre algunos temas latinoamericanos, afirmó que no es “un especialista” y que, “como es obvio, siento en la necesidad de profundizar aún más mi conocimiento de este mundo”. Sin embargo, su inteligencia genial, animada por la asistencia especial que el Espíritu de Dios infunde para el ejercicio del ministerio petrino, hizo que su discurso inaugural expusiera algunos núcleos temáticos fundamentales para el desarrollo de los contenidos de la Conferencia. Apenas pronunciado el discurso, ¡qué sensación de gratitud y alegría se advirtió en los rostros de muchos! ¡La Conferencia de Aparecida ya quedaba bien encaminada!

Entre esos núcleos temáticos fundamentales, quizás el que tuvo mayor impacto y resonancia, una influencia más profunda y decisiva, fue aquél que expresaba con estas palabras: “(...) ¿Qué es lo real? ¿Son ‘realidad’ sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye

a Dios de su horizonte falsifica el concepto de 'realidad' y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas (...). Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en enigma indescifrable; no hay camino, y al no haber camino, no ha vida ni verdad" (13.V.07).

Este núcleo temático -retomados en muy diversos numerales del documento final de la V Conferencia- encierra grandes enseñanzas: es el primado de Dios, el fundamento y clave de juicio de toda la realidad, autor y señor de la creación que, por la encarnación de su Hijo y su victoria pascual, es liberada del desorden radical introducido por el pecado y la muerte en la historia humana y es conducida a la recapitulación de "todo y todos" en Dios. Es la "mirada creyente de la realidad" que se propusieron los Obispos en Aparecida y que recorre todo el documento. Se supera así el riesgo de todo moralismo, de todo mesianismo secularizado. Esto imprime un salto de cualidad al método del "ver, juzgar, actuar" seguido en ese documento. ¡Cuántas veces el "ver" la realidad en ámbitos eclesiales se había reducido a enunciados mas bien simplistas, a veces con tintes ideológicos, centrados en los aspectos económicos, sociales y políticos, en los que no se advertía con claridad su nexos con Dios y su pertinencia respecto a la misión de la Iglesia! Las dos primeras redacciones del documento de Aparecida pecaban todavía de tales dificultades, pero un cambio sustancial se produjo cuando las indicaciones del Papa fueron tomadas muy seria y concretamente en cuenta para intentar una nueva aproximación a la realidad.

Si Dios es la "realidad fundante", se acoge, pues, "la realidad entera del Continente como don: la belleza y fecundidad de sus tierras, la riqueza de humanidad que se expresa en las personas, familias, pueblos y culturas (...)" y, sobre todo, "la plenitud de la Revelación de Dios, un tesoro incalculable, la 'la perla preciosa' (cf. Mt. 13, 45-46), el Verbo de Dios hecho carne, Camino, Verdad y Vida de los hombres y mujeres a quienes abre un destino de plena justicia y felicidad" (n.6). "La fe en Dios amor y la tradición católica en la vida y cultura de nuestros pueblos son sus mayores riquezas", afirmaron los Obispos (n. 7). Entonces, el "ver" de la realidad no se limita a un catálogo de denuncias, lamentaciones y acusaciones, sino que suscita, ante todo, la acción de gracias, que se expresa en los cánticos de alabanza recogidos, en modo especial, en los capítulos 1 y 3 del documento final. Ya lo había exhortado el Papa

durante la misa de canonización de fray Galvão: “Alabémoslo todos, pueblos de Brasil y de América; cantemos al Señor sus maravillas, porque ha hecho grandes cosas en favor nuestro” (10.V.07). Hay en el documento episcopal un desborde de gratitud, alegría y compromiso para anunciar el Evangelio de Jesucristo y, con él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, del progreso científico, del destino universal de los bienes (cfr. nn. 101-128).

La “mirada creyente de la realidad” no es este documento, pues, la de sociólogos o políticos, sino la de los discípulos y misioneros de Jesucristo. No es, por cierto, un conjunto de expresiones devotas, exhortaciones morales, buenos propósitos. Intenta hacerlo desde la “asunción de criterios que provienen de la fe y la razón para su discernimiento y valorización con sentido crítico” (n. 19). A la vez, es un “mirar la realidad cada vez con más humildad, sabiendo que ella es más grande y compleja que las simplificaciones ideológicas con que solíamos verla en un pasado aún no demasiado lejano” (n. 36). No se limita a seccionarla analíticamente. “Es frecuente que algunos quieran mirar la realidad unilateralmente -prosigue el documento- desde la información económica, otros desde la información política o científica, otros desde el entretenimiento y el espectáculo”, pero “ninguno de estos criterios parciales logra proponernos un significado para todo lo que existe” (n. 36). Se advierte bien esa gran dificultad. La fragmentación y limitación de criterios trae aparejada “una crisis de sentido”, capaz de “dar unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia” y que los creyentes llamamos “sentido religioso”. Por eso, en el documento de Aparecida se intenta reformular, desde la tradición cultural católica de los pueblos latinoamericanos, un “horizonte de realidad” que sea capaz de incluir y discernir los diversos aspectos de la realidad (n. 37 y ss.).

Temas como los impactos de la globalización y las renovadas e inicuas formas de la inequidad social y cultural, la irrupción de nuevos sectores sociales en la vida pública, el fortalecimiento de los regímenes democráticos y el avance de diversas formas de regresión autoritaria, el crecimiento de la corrupción y la violencia, los procesos de integración regional, las grandes cuestiones de la biodiversidad y la ecología (con especial referencia a la Amazonia), las situaciones de mayor pobreza y exclusión (entre quienes se cuentan a muchas mujeres, jóvenes que no reciben una educación de calidad, desempleados, migrantes desplaza-

dos, campesinos sin tierra, quienes buscan sobrevivir en la economía informal, sobre todo los indígenas y afro-americanos), los nuevos rostros de los pobres (entre las víctimas de la violencia y las drogas, los ancianos solos, los enfermos del SIDA, las personas con discapacidad...) son desarrollados por el documento final desde esa mirada de los discípulos y misioneros de Jesucristo (cfr. nn. 43-97). La situación sociocultural, económica y política es abordada así con la seriedad que reclama su complejidad, con la incisividad profética que clama al cielo ante las inequidades, opresiones e injusticias que se sufren en América Latina, sobre todo por los más pobres y desamparados, y con la esperanza de superación del déficit educativo, social y político para la construcción de una “patria grande”, “donde todos tengan una morada para vivir y convivir con dignidad” (n. 534).

7. La gratitud, alegría y belleza de ser discípulos y misioneros de Jesucristo

“El rico tesoro de continente americano (...), su patrimonio más valioso” es “la fe en Dios amor, que reveló su rostro en Jesucristo”. Esta es la fuerza que vence al mundo -afirmó el Papa en su homilía en Aparecida-, la alegría que nada ni nadie os podrá arrebatarse, la paz que Cristo conquistó para vosotros con su cruz. Esta es la fe que hizo de Latinoamérica el continente de la esperanza. No es una ideología ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de la esperanza (...). Por eso, “agradecemos a Dios como discípulos y misioneros -dice el documento de los Obispos- porque la mayoría de los latinoamericanos y caribeños están bautizados. La providencia de Dios nos ha confiado el precioso patrimonio de la pertenencia a la Iglesia por el don del bautismo que nos ha hecho miembros del Cuerpo de Cristo, pueblo de Dios peregrino en tierras americanas desde hace más de 500 años” (n. 127).

Se puede hablar, como lo hace el Papa en el discurso inaugural, de “la identidad católica”, pues “la fe en Dios ha animado la vida y cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos”. Este patrimonio se manifiesta “en la fe madura de muchos bautizados y en la piedad popular” que el Papa reconoce “en el amor a Cristo sufriente, el Dios

de la compasión, del perdón y la reconciliación (...), el amor al Señor presente en la Eucaristía (...), el Dios cercano a los pobres y a los que sufren, y la profunda devoción a la Santísima Virgen (...). De esta "piedad popular hay textos muy profundos y hermosos en el documento final (cfr. nn. 260-267). "Se expresa también -prosiguen los Obispos- en la caridad que anima por doquier gestos, obras y caminos de solidaridad con los más necesitados y desamparados, Está vigente también en la conciencia de la dignidad de la persona, la sabiduría ante la vida, la pasión por la justicia, la esperanza contra toda esperanza y la alegría de vivir aún en condiciones muy difíciles que mueven el corazón de nuestras gentes. Las raíces católica permanecen en el arte, lenguaje, tradiciones y estilos de vida, a la vez dramático y festivo, en el afrontamiento de la realidad" (n. 7).

Este patrimonio está sometido a fuerte proceso de erosión. "Se percibe -sintetiza el Papa en su discurso inaugural- un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica, debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudorreligiosas". En medio de un cambio de época, los Obispos reconocen que "nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado" y "ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa" (n. 39). Por eso, Benedicto XVI señala a los Obispos latinoamericanos en ese discurso que "la Iglesia tiene la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y testigos de Jesucristo". El tema escogido para la V Conferencia introduce de lleno en esta tarea capital, donde el enfoque queda referido, no tanto a los grandes programas, sino a los sujetos que redescubren la gratitud, belleza y alegría del ser cristianos, como lo repite siempre Benedicto XVI en su magisterio y lo retoman como hilo conductor los Obispos en Aparecida. "Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras -destacan los Obispos- sino de hombres y mujeres nuevos, que encarnen dicha tradición y novedad (...) (n. 11)".

Hay que defender ese patrimonio contra toda "leyenda negra" sobre la evangelización americana, contra todo intento de desarraig

la fe del corazón de las gentes (como en la en los intentos de manipulación ideológica de sectores indígenas, cfr. n. 531), contra toda insidia cultural e incluso legislativa que atenten contra “principios éticos no negociables” arraigados en la naturaleza humana y en la sabiduría cristiana de los pueblos (cfr. nn. 40, 127, 455...). Tiene razón el Papa cuando afirmó, en su discurso inaugural, que “la utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso sino un retroceso”, una “involución” artificiosa y anacrónica. El Papa ya había manifestado esta preocupación, con conocimiento de causa, a los nuncios apostólicos en América Latina. Los Obispos latinoamericanos comparten dichas preocupaciones, manifestándose alertas y vigilantes. Agradecen a todos los que los han precedido en la gran obra evangelizadora del “Nuevo Mundo” y han mantenido viva la fe de los pueblos. Los Obispos no tienen temor de reconocer que “desde la primera evangelización hasta los tiempos recientes la Iglesia ha experimentado luces y sombras”, escribiendo “páginas de nuestra historia de gran sabiduría y santidad” y sufriendo “también tiempos difíciles, tanto por acoso y persecuciones, como por las debilidades, compromisos mundanos e incoherencias, por el pecado de sus hijos (...)” (n. 5). En el sub-capítulo que considera la “situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos” (cfr. nn. 98-100) operan este particularizado examen de conciencia, desde el sereno y confiado confesarse de la Iglesia “como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconciliada, unida y enviada por la fuerza de Resurrección de su Hijo y la gracia de conversión del Espíritu Santo” (n. 100 h).

Lo esencial para la “renovación y revitalización” de ese patrimonio de fe es “recomenzar desde Cristo en todos los ámbitos de la misión” (cfr. discurso del Papa a los Obispos brasileños), convertirse, en “discípulos fieles, para ser misioneros valientes y eficaces” (cfr. homilía de la Misa de inauguración). En las catequesis de las audiencias de los miércoles en Plaza de San Pedro, Benedicto XVI ya había afrontado el gran tema del discipulado cristiano a través de las vicisitudes de los apóstoles. Sus enseñanzas, proseguidas en Aparecida, pusieron de relieve el método cristiano del discipulado. Hay referencias importantes en los discursos del Papa y muchas páginas hermosas en el documento de Aparecida sobre la originalidad de ese discipulado, sobre la importancia capital y decisiva del encuentro con la persona de Jesús, que hay que renovar

siempre en la vida personal y comunitaria, sobre el seguimiento de Cristo, el “permanecer” en su compañía, el experimentar una conversión por compenetración en la novedad de vida que Cristo trae al mundo, el escuchar, asimilar y transmitir fielmente sus enseñanzas, el configurarse a El en íntima comunión. Es la vocación a la santidad (cfr. cap. IV, nn. 129-153). “Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigado en nuestra historia –afirman los Obispos-, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros” (n. 11). Hay muchos otros textos importantes sobre el encuentro con Cristo, aquí y ahora en la vida de los creyentes, mediante su pertenencia a la comunión eclesial, sobre todo por medio del Pan de su Palabra y el Pan Eucarístico. Esto es muy central en los discursos del Papa en San Pablo y Aparecida. La Eucaristía es “el lugar privilegiado” de ese encuentro, escriben los Obispos, destacando también la importancia de la sagrada liturgia, del precepto dominical, del sacramento de la reconciliación, de la oración personal y comunitaria, de la piedad popular. Se lo encuentra asimismo por medio de la unidad de los creyentes y los testigos de su Presencia. “También lo encontramos de un modo especial en los pobres, afligidos y enfermos” –escriben los Obispos-, identificado con ellos y sujetos de su amor preferencial. “(...) (cfr. nn. 246-265). La opción preferencial por los pobres –confirmó una vez más el Papa, en su discurso inaugural– está implícita en la fe cristológica (...)”. Hay otras importantes recomendaciones pontificias y desarrollos en el documento de Aparecida sobre las exigencias e itinerarios, dimensiones y contenidos de la formación cristiana de todos los fieles, a la luz de un repensamiento profundo de la iniciación y reiniciación cristiana y de los procesos y contenidos de la “catequesis permanente”, prosiguiendo con las particulares exigencias de formación de los “agentes pastorales” (cfr. nn. 273-300). Y aún otras, sobre distintas instancias comunitarias de la Iglesia como compañía, sostén y alimento de esa formación de auténticos discípulos y misioneros de Jesucristo: diócesis, parroquias, familias, comunidades eclesiales de base, otras pequeñas comunidades, movimientos eclesiales, centros educativos católicos, universidades católicas... (cfr. nn. 164-180; nn. 301-346). Ello constituye el cuerpo fundamental del discurso inaugural del Papa y del documento de Aparecida, para ser leído con toda atención. Se necesita, como dijo Benedicto XVI a los Obispos brasileños en San Pablo, “un salto de cualidad en la vida cristiana del pueblo, para que pueda testimoniar su fe de una manera límpida y clara”.

8. Para que nuestros pueblos en Él tengan vida

Junto al de discípulos y misioneros, éste ha sido también un hilo conductor, transversal, de todas las reflexiones de Aparecida. Resuenan en las intervenciones del Papa y en el documento de los Obispos las palabras conclusivas de la homilía de inicio de su ministerio petrino: “¡Abran, más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo!..quien deja entrar a Cristo, no pierde nada, nada -absolutamente nada- de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana (...). ¡No tengan miedo de Cristo! El no quita nada y lo da todo. Quien se da a El, recibe el ciento por uno. Sí, abran, abran de par en par las puertas a Cristo y encontrarán la verdadera vida”. Todo el discurso de Benedicto XVI a los jóvenes en San Pablo está guiado por el diálogo de Jesús con el “joven rico” (cfr. Mt. 19, 16-22), en la que éste pregunta al Maestro: “¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”. “¿Cómo vivir la vida? ¿Cómo darle significado y plenitud?”

Es participando en la vida divina que “se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural” -enseña el Papa en su discurso inaugural-. La vida eterna, que alcanza su plenitud en la Jerusalén celeste, “es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos”, dijo Benedicto XVI en su homilía en Aparecida, en donde “ya no habrá ni muerte ni luto, ni llanto ni dolor (...) (Ap. 21, 2-4). Es claro que ello “no debe ser motivo de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. Gaudium et Spes, 1)”.

A la luz de esta perspectiva, el Papa afirma, en su discurso inaugural, que “los pueblos latinoamericanos tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus Pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, ‘pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura..., a la cooperación en el bien común...hasta el reconocimiento, por parte del

hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ella es la fuente y el fin' (Populorum Progressio 21)".

El documento final de Aparecida integra las grandes opciones pastorales del Episcopado Latinoamericano a la luz de "la vida de Jesucristo para nuestros pueblos" y dentro "la misión de los discípulos al servicio de la vida plena". Como "grandes ámbitos, prioridades y tareas para la misión de los discípulos de Jesucristo en el hoy de América Latina", los Obispos en Aparecida vuelven a destacar las intrínsecas e inseparables relaciones entre "Reino de Dios, justicia social y caridad cristiana", se ponen al servicio de la dignidad humana desde "el valor supremo de cada hombre y mujer", reafirman la "opción preferencial por los pobres y excluidos", se empeñan en una "renovada pastoral social para la promoción humana integral", apuntan a la "globalización de la solidaridad y justicia internacional" (cfr. nn. 380-406). Entre los "rostros sufrientes que nos duelen" y que interpelan a una mayor atención caritativa y misionera, el documento final de Aparecida señala los de "las personas que viven en la calle en las grandes urbes", de los enfermos, de los adictos dependientes, de los migrantes, de los detenidos en las cárceles... (cfr. nn. 407-430). Hay que "trabajar incansablemente -había indicado el Papa en su audiencia a los participantes en la Asamblea de la Comisión Pontificia para América Latina- para ofrecer nuevas oportunidades a quienes se encuentran en la pobreza o en las zonas periféricas más abandonadas, para que puedan ser protagonistas activos de su propio desarrollo, llevándoles un mensaje de fe, de esperanza y de solidaridad".

Entre las "cuestiones que han alcanzado particular relevancia en los últimos tiempos" y en los que esta en juego la calidad de vida de las personas y las naciones, los Obispos renuevan su compromiso a favor del matrimonio y la familia, "uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y (...) patrimonio de la humanidad entera". Una "pastoral familiar intensa y vigorosa" -como pedía el Papa en su discurso inaugural- tiene que constituir, según los Obispos, "uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora" (cfr. nn. 432-437). "Precisamente la familia merece una atención prioritaria -decía el Papa a los nuncios apostólicos en América Latina-, pues muestra síntomas de debilitamiento bajo las presiones de *lobbies* capaces de influir negativamente en los procesos legislativos". El Episcopado latinoamericano exhorta a los legisladores, gobernantes y profesionales de la salud a

defender y proteger la familia, a la luz de una cultura de la vida, contra “los crímenes abominables del aborto y de la eutanasia, recordando la necesaria “coherencia eucarística” (n. 455). También el cuidado de la niñez (cfr. nn. 438-441), así como “el bien de lo ancianos” (cfr. nn. 442-445) son ámbitos de acción prioritaria para la Iglesia en América Latina. Se confirma la importancia de la opción preferencial por los jóvenes (cfr. nn. 443-451). Se pone especial atención y solidaridad a la promoción de “la dignidad y participación de las mujeres” (cfr. nn. 451-458), a lo que el documento final de Aparecida junta fuertes y novedosos textos sobre “la responsabilidad del varón y padre de familia” (cfr. nn. 459-463.). En las prioridades indicadas en el capítulo sobre “Familia, personas y vida” se incluye, en fin, la defensa y promoción de la cultura de la vida y el cuidado del medio ambiente (cfr. nn. 464-475).

El compromiso de la Iglesia con la educación en todas sus formas y niveles, con la evangelización de la cultura, con la pastoral urbana, con una renovada presencia en las comunicaciones sociales, van completando las grandes prioridades asumidas por los Obispos en Aparecida, para que nuestros pueblos tengan vida nueva en Cristo y ella se irradia en todos los ámbitos de la convivencia y de edificación de la sociedad (cfr. nn. 476-519).

9. La contribución de la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos

“La prioridad de la fe en Cristo y de la vida ‘en El’ (...) ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad ingente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?”. El Papa Benedicto XVI planteaba esta pregunta en su discurso a Aparecida para afrontar decididamente la cuestión de cómo puede “contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y la miseria”. Siete criterios fundamentales dejó planteados el Papa a los Obispos latinoamericanos al respecto.

El primer criterio es que resulta “inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo las que crean injusticia”, pues “las estructuras

justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo de la sociedad". El segundo se refiere a la pretensión, tanto del capitalismo y del marxismo, de responder con una mecánica presuntamente científica de cambio de estructuras, sin necesidad de plantearse la cuestión del sujeto y de su moralidad. Se trata de una premisa y una promesa ideológica "falsa": en efecto, "el sistema marxista, donde ha gobernado, no sólo ha dejado una triste herencia de destrucciones económicas y ecológicas, sino también una dolorosa opresión de las almas", mientras que en Occidente se advierte el constante crecimiento de "la distancia entre pobres y ricos y se produce una inquietante degradación de la dignidad personal con la droga, el alcoholismo y los sutiles espejismos de felicidad". En tercer lugar, el Papa indica que las estructuras justas "no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre los valores fundamentales", lo que plantea la cuestión de los fundamentos de la democracia y de la sociedad justa más allá de toda deriva relativista. En ese sentido, Benedicto XVI prosigue con una anotación de suma importancia: "Donde Dios está ausente -el Dios del rostro humano de Jesucristo- estos valores no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos". En cuarto lugar, el Papa señala que, "a la luz de los valores fundamentales", la búsqueda de estructuras justas es tarea de la razón política, económica y social -"cuestión de la recta ratio y no de ideologías-, que se sirve de "un tesoro de experiencias políticas y de conocimientos sobre los problemas sociales y económicos" para discernir los caminos a seguir y los que se han de evitar. "En situaciones culturales y políticas diversas y en el cambio progresivo de las tecnologías y de la realidad histórica mundial", importa esta aproximación racional en forma de juicios prudentiales. En quinto lugar, el Papa afirma que "este trabajo político no es competencia inmediata de la Iglesia", que no tiene que identificarse con partidos y posiciones políticas, en el "respeto de una sana laicidad". "Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector". En sexto lugar, hay en el discurso pontificio un llamamiento urgido a la responsabilidad de los laicos en la vida pública. "Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas". "Es preciso trabajar incansablemente -había dicho a los Obispos brasileños- en

la formación de los políticos, como también de todos los brasileños que tienen un determinado poder de decisión, grande o pequeño que sea”. El Papa concluye este itinerario de pensamiento volviendo a la afirmación, en cuanto criterio rector, de que “la presencia de Dios, la amistad con el hijo de Dios encarnado, la luz de su Palabra, son siempre condiciones fundamentales para la presencia y eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades”. Más aún: en su discurso a los Obispos del Brasil afirmó que “donde no se conoce a Dios y a su voluntad, donde no existe la fe en Jesucristo y en su presencia en las celebraciones sacramentales falta lo esencial para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos”. “De la Eucaristía ha brotado a lo largo de los siglos –dijo en su discurso inaugural– un inmenso caudal de caridad, de participación en las dificultades de los demás, de amor y de justicia”. La verdad y la fuerza de toda profunda transformación de las condiciones de existencia reside en el amor. El Papa quiso resaltar un ejemplo concreto de ello en su visita a la “Fazenda da Esperanza”. Por eso mismo, exclamaba: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y el Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del amor!”. Es la “revolución del amor” de la que habló a los jóvenes en Colonia (Alemania), en agosto de 2005, durante la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud.

El documento de Aparecida retoma y, en algunos aspectos, desarrolla estos conceptos. “Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en que no haya inequidad –afirman los Obispos– y donde haya posibilidades para todos. Igualmente se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales” (n. 384). El documento recuerda la encíclica *Deus caritas est* (n. 28), cuando afirma que “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política” y no de la Iglesia, pero ésta “no puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia”. Tienen bien presente los Obispos que, “sea un viejo laicismo exacerbado, sea un relativismo ético que se propone como fundamento de la democracia, animan a fuertes poderes que pretenden rechazar toda presencia y contribución de la Iglesia en la vida pública de las naciones y la presionan para que se repliegue en los templos y sus servicios ‘religiosos’. Consciente de la distinción

entre comunidad política y comunidad religiosa, base de sana laicidad, la Iglesia no cesará de preocuparse por el bien común de los pueblos y, en especial, por la defensa de principios éticos no negociables porque arraigados en la naturaleza humana” (n. 504). En ese sentido, tarea fundamental de la Iglesia es purificar la razón de todos los elementos que la ofuscan y “despertar en la sociedad las fuerzas espirituales (...) y los valores sociales” (cfr. n. 385), hacer “converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas” (cfr. n. 538), pues “democracia sin valores”, puramente formal, sin vasta participación popular y sin respeto de los derechos humanos, “se vuelve fácilmente una dictadura y termina traicionando al pueblo” (cfr. n. 74, 538). Para ello, la Iglesia “ha de educar y conducir cada vez más a la reconciliación con Dios y con los hermanos”, sumando y no dividiendo; “importa cicatrizar heridas, evitar maniqueísmos, peligrosas exasperaciones y polarizaciones” (n. 534). Más aún: “es necesario educar y favorecer en nuestros pueblos todos los gestos, obras y caminos de reconciliación y amistad social, de cooperación e integración” (cfr. n. 539). La Iglesia “alienta y favorece la reconstrucción de la persona y de sus vínculos de pertenencia y convivencia, desde un dinamismo de amistad, gratuidad y comunión”, promueve la realización del principio de subsidiariedad, educa y realiza una “cultura de la paz” (cfr. nn. 535, 539, 542, 543). De tal modo, la Iglesia colabora “en la consolidación de las frágiles democracias, en el positivo proceso de democratización en América Latina, aunque existan actualmente graves retos y amenazas de desvíos autoritarios”; por eso, “urge educar para la paz, dar seriedad y credibilidad a la continuidad de nuestras instituciones civiles, defender y promover los derechos humanos, custodiar en especial la libertad religiosa y cooperar para suscitar los mayores consensos nacionales” (cfr. n. 541).

Los Obispos latinoamericanos concuerdan con el Papa la seria preocupación por “la notable ausencia” de líderes católicos en ámbitos de la vida pública y le dedican un subcapítulo (cfr. 10.5) de reflexiones y orientaciones. Se reafirma, pues, con fuerza la responsabilidad de los fieles laicos en la secularidad (cfr. n. 210) y la prioridad pastoral de su formación cristiana, de la coherencia entre la fe y la vida en sus diversos compromisos, de su conocimiento y aplicación creativa de la Doctrina social de la Iglesia, de su integridad moral y competencia, y de la compañía y sostén que requieren los “constructores de la sociedad” (cfr. nn. 501 y ss.).

10. Desde una renovada conciencia Latinoamericana

Recorre todo el acontecimiento de “Aparecida” una renovada toma de conciencia de América Latina, en su singularidad histórico-cultural, como “mundo” de encarnación e inculturación del Evangelio de Cristo, como proximidad de fraternidad, solidaridad y comunión, como tarea histórica a la luz del designio de Dios. Descuella, pues, nuevamente, con fuerza y claridad, la autoconciencia eclesial y latinoamericana en las circunstancias concretas de inicios del siglo XXI.

En su discurso a los representantes diplomáticos de la Santa Sede en los países latinoamericanos, S.S. Benedicto XVI pone de relieve la creciente inserción del área latinoamericana “en las dinámicas mundiales y cada vez más condicionada por los efectos de la globalización”. Para afrontar ese desafío, el Papa observa “que las naciones que la componen tratan de afirmar, de diversas maneras, su identidad y su peso en el camino histórico del mundo de hoy”. Y aún más: “sintiéndose como ‘hermanas’ quieren llegar a ser también una comunidad, unida en la paz y en el desarrollo cultural y económico”. Más concretamente, los Obispos en Aparecida también aprecian “en los últimos 20 años avances significativos y promisorios en los procesos y sistemas de integración de nuestros países. Se ha intensificado las relaciones económicas y políticas. Es nueva la más estrecha comunicación y solidaridad entre el Brasil y los países hispanoamericanos y caribeños”. Sin embargo, “hay muy graves bloqueos que empantanar esos procesos”. El documento cita la fragilidad y ambigüedad de “una mera integración comercial” y su reducción como “cuestión de cúpulas políticas y económicas, sin arraigar “en la vida y participación de los pueblos”. Sobre todo, se constata que, “no obstante el lenguaje político abunde sobre la integración, la dialéctica de la contraposición parece prevalecer sobre el dinamismo de la solidaridad y amistad”. “La unidad no se construye -concluye el documento- por contraposición a enemigos comunes sino por realización de una identidad común” (n. 528).

¿Se puede acaso hablar en nuestro tiempo de “identidad latinoamericana” como lo hacen el Papa y los Obispos? La pregunta no es ociosa. Hubo quienes pretendía definir ante todo América Latina como realidad multiétnica, multicultural y multirreligiosa. La presunta obviedad de esta afirmación llevaba a desconocer o relativizar radicalmente la

identidad de una América Latina, que queda así como mero continente sin contenidos realmente unificadores. Sin embargo, la respuesta fue muy clara. El documento de la III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano se había referido a América Latina como “originalidad histórico-cultural”, sellada por la evangelización y simbolizada en el rostro mestizo de María de Guadalupe. Benedicto XVI intuyó claramente esta vocación original, recordando a los representantes diplomáticos de la Santa Sede las palabras de Juan Pablo II en la inauguración de la IV Conferencia de Santo Domingo (12.X.92), que habló “de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia”. Y sus primeras palabras en el discurso inaugural fueron referidas a esos pueblos “y a la rica cultura cristiana de este continente expresada en el arte, la música, la literatura y, sobre todo, en las tradiciones religiosas y en la idiosincrasia de sus gentes, unidas por una misma historia y un mismo credo, y formando una gran sinfonía en la diversidad de culturas y lenguas”.

“No somos un mero continente -subrayaron los Obispos en Aparecida-, apenas como un hecho geográfico con un mosaico incompatible de contenidos. Tampoco somos una suma de pueblos y etnias que se yuxtaponen” (n. 525). El “mestizaje es la base social y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos” (n. 88), intentando, en medio de contradicciones, una síntesis de muchos aportes en pos de una “convergencia en una historia compartida” (cfr. n. 56). “Una y plural, América Latina es la casa común, la gran patria de hermanos (...)”. Es la “Patria grande” de la que hablaron “Puebla” y “Santo Domingo”, y “la V Conferencia expresa su firme voluntad de proseguir ese compromiso” (Cfr. nn. 525-526). Desde la introducción misma del documento de Aparecida se afirma que “el don de la tradición católica es un cimiento fundamental de identidad, originalidad y unidad de América Latina y el Caribe: una realidad histórico-cultural marcada por el Evangelio de Cristo, realidad en la que abunda el pecado -de opresión, violencia, ingratitudes y miserias - pero donde sobreabunda la gracia de la victoria pascual” (n. 8). Por eso puede también decir el documento que “no hay por cierto otra región que cuente con tantos factores de unidad como América Latina -de los que la vigencia de tradición católica es cimiento fundamental de su construcción-, pero se trata de una unidad desgarrada porque atravesada por profundas dominaciones y contradicciones, todavía incapaz de incorporar a sí ‘todas las sangres’

y de superar la brecha de estridentes desigualdades y marginaciones” (n. 527). No es por casualidad que a continuación del subcapítulo que trata “sobre la unidad y fraternidad de nuestros pueblos” (cfr. 10.7) siga otro sobre “la integración de los indígenas y afrodescendientes” (cfr. 10.8) y culmine otro aún referido a “caminos de reconciliación y solidaridad” (cfr. 10.9).

Si la Iglesia católica se reconoce en las enseñanzas del Concilio Vaticano II como “sacramento de unidad del género humano, es en América Latina y el Caribe “sacramento de comunión de sus pueblos. Es morada de sus pueblos; es casa de los pobres de Dios. Convoca y congrega a todas sus diversísimas gentes en su misterio de comunión, sin discriminaciones ni exclusiones por motivos de sexo, raza, condición social y pertenencia nacional” (n. 524). Es designio y milagro de unidad que se va abriendo paso en medio de la historia de los hombres, todavía marcada por el pecado pero ya destinada a la “patria de la plena comunión de Dios con los hombres”. En ese camino la Iglesia es testimonio y servicio, desde el Evangelio, de todo lo que favorece la comunión de las personas, la integración de los pueblos y la edificación de una común familia humana.

11. El ímpetu de una “misión continental”

Quien ha tenido la gracia de participar en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida y quien lea atentamente su documento final no puede menos que observar cómo una voluntad e ímpetu misioneros recorrió todas sus jornadas y sus páginas. Hubo la viva conciencia de entrar, de tener que entrar, de querer entrar, en una nueva fase misionera al servicio de las personas, las familias y los pueblos de América Latina.

“La Iglesia peregrinante es misionera –citan los Obispos el decreto conciliar *Ad gentes*, n. 2– porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre”. Por eso, “el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos” (cfr. n. 346). “Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla” repitieron al unísono el Papa y los Obispos. “Cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar

de anunciar al mundo que sólo El nos salva (cf. Hch. 4, 12). El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”. Así lo indicó el Papa, y lo expresaron los Obispos en todo el documento: “Cuando crecer la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo” (cfr. n. 145). Por eso, “para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos” (cfr. n. 564). Hay que despertar “a los bautizados que han dejado esa gracia de participación en el misterio pascual y de incorporación en el Cuerpo de Cristo bajo una capa de indiferencia y olvido” (cfr. n. 564), “cuidar el tesoro de la piedad católica de nuestros pueblos para que resplandezca la perla preciosa que es Jesucristo y sea siempre nuevamente evangelizada en la fe de la Iglesia y por su vida sacramental” (id.) y responder adecuadamente a la sed religiosa de “los que han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos” mediante un encuentro con Jesucristo, una vivencia comunitaria, una formación bíblico-doctrina y un compromiso misionero de toda la comunidad, saliendo a su encuentro, interesándose por su situación, para “reencantarlos con la Iglesia e invitarlos a volver a ella” (Cfr. 216-217).

Ha sido el Papa que ha invitado a la Iglesia latinoamericana “a una misión evangelizadora que convoque a todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño” que es el pueblo de Dios en América Latina. Así lo decía en su discurso a los Obispos brasileños: En ese esfuerzo evangelizador, la comunidad eclesial se destaca por las iniciativas pastorales, al enviar, sobre todo entre las casas de las periferias urbanas y del interior, sus misioneros, laicos o religiosos, buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad (...). El pueblo pobre de las periferias urbanas y del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia, sea en el socorro de sus necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundamentada en la justicia y la paz”; hay que “estar particularmente atento en ofrecer el divino bálsamo de la fe, sin descuidar el ‘pan material’ ”.

La respuesta de los Obispos ha sido muy clara e impetuosa. La V Conferencia “desea despertar la Iglesia en América Latina y el Caribe para un gran impulso misionero -se proponen los Obispos-. No podemos desaprovechar esta hora de gracia. ¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de ‘sentido’, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que El nos convoca en Iglesia y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en América Latina. Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos areópagos de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia” (n. 548). La Iglesia necesita “una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del continente. Necesitamos que cada comunidad se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente, una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y esperanza” (cfr. n. 362).

Así están dadas las premisas -el espíritu, las enseñanzas, orientaciones y prioridades- para la “misión continental” que se propone la Iglesia en América Latina desde el acontecimiento de Aparecida. Ésta es muy grande y sería responsabilidad planteada a todos los cristianos y comunidades cristianas, a las diócesis y a las conferencias episcopales y, en modo servicial, al CELAM, por su papel de animación, propulsión y acompañamiento de un camino misionero que ponga a toda la Iglesia latinoamericana en un movimiento de conjunto. “En este sentido -escribió S.S. Benedicto XVI a los Obispos latinoamericanos, con fecha 29 de junio de 2007, ha sido para mí motivo de alegría conocer el deseo de realizar una ‘Misión Continental’”.

12. Reconocimiento y aliento

En su carta del 29 de junio de 2007, S.S. Benedicto XVI autoriza la publicación del Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Hay quien destaca que no se trata de una aprobación pontificia del documento. Esto es obvio, pero no implica, en absoluto, una toma de distancia crítica a su respecto. Después de cada una de las cinco Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, los sucesivos pontífices han operado de modo similar: han autorizado la publicación de los documentos conclusivos, con palabras de reconocimiento, aprecio y aliento, para animar y enriquecer la vida y misión de la Iglesia en América Latina, siempre “en comunión con la Santa Sede y el debido respeto por la responsabilidad de cada Obispo en su propia Iglesia particular”. El Papa valoriza de tal modo la responsabilidad y las decisiones asumidas por los Obispos en la realización de esta experiencia original que es una Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

No hay mejor reconocimiento, que el manifestado en la carta del Papa, “por el amor a Cristo y a la Iglesia, y por el espíritu de comunión que ha caracterizado dicha Conferencia General”, pidiendo al Señor que “sea luz y aliento para una fecunda labor pastoral y evangelizadora en los años venideros y destacando las “numerosas y oportunas indicaciones pastorales, motivadas con ricas reflexiones a la luz de la fe y del contexto social actual” del documento final.

Lo más recomendable para todos los católicos latinoamericanos es ahora leer y releer este documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, meditarlo, asimilarlo, dejarse interpelar por sus contenidos, con la actitud de respeto y adhesión y con la disponibilidad a la conversión que requieren sus enseñanzas, orientaciones y prioridades sostenidas por el consenso casi unánime de los Obispos presentes en Aparecida y por el reconocimiento y aliento del Santo Padre. Hay que comunicarlo y compartirlo por doquier, lo más ampliamente posible. Merece la mayor atención a todos los latinoamericanos, más allá de sus convicciones religiosas, porque la Iglesia católica es presencia fundamental en la historia, actualidad y destino de nuestras naciones y porque afronta cuestiones decisivas para la vida de las personas y los pueblos.